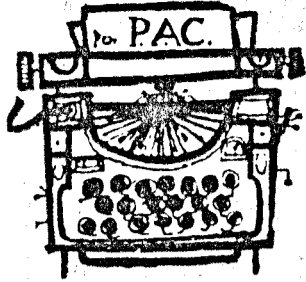


escrito a máquina

El Mejor Negocio



Al mismo tiempo que se está operando un esperanzador renacimiento cristiano en Nicaragua —renacimiento o renovación de abajo a arriba que entre otras sorprendentes características ha despertado un sentido social de avanzada en grupos cada vez más numerosos— es triste constatar que, en contradicción, también se está operando, entre algunos ricos y entre hombres de empresa, que por paradoja se creen cristianos, un peligroso endurecimiento, una como cerrazón gremial cada vez más hostil al proceso de la justicia social. Elementos que hasta hace poco parecían convencidos de la necesidad de realizar el desarrollo económico en un paralelo desarrollo social, abriéndole cauces a la riqueza para que su distribución entre todos los que contribuyen a producirla, fuera cada vez más justa; elementos, digo, que parecían capaces de impedir en Nicaragua el daño que el egoísmo del capital ha producido en otros pueblos, ahora parece que olvidan las catástrofes sociales causadas por la ceguera y la codicia del dinero, y se percibe como un movimiento de retroceso y de negación en la justicia social, un olvidar al prójimo que se queda fuera del negocio, un querer devolverle a la operación financiera aquella libérrima voracidad que tuvo en la época inicial y siniestra del Capitalismo como si no hubiera pasado tanta agua, o mejor dicho, tanta sangre y lágrimas bajo el puente de la riqueza.

Cuando nacieron los grandes capitales en Occidente es cuando se pusieron los cimientos de las grandes catástrofes sociales. ¿Vamos a repetir la historia?

En todos los países de Europa el proceso del capital —una vez adquirida la terrible experiencia de su primera época— ha sido, salvo excepciones que han costado también sangre, un proceso de humanización, un proceso de apertura hacia el sentido y la función social de la propiedad y del dinero, un proceso de sensibilidad social. ¿Vamos nosotros, anacrónicamente, a dar el salto atrás, a comenzar nuestra revolución industrial con el espíritu del Siglo XIX, olvidándonos de Marx, olvidándonos no sólo de Pablo VI y de Juan XXIII sino hasta de León XIII?

Un espíritu así no es solamente anacrónico (con la terrible significación suicida que tiene la palabra anacronismo en estas materias) sino esencialmente anti-nicaraguense. Porque ha habido siempre una nota distintiva, típica, visceralmente característica en el pueblo nicaraguense y es el tono de igualdad que ha distinguido sus relaciones humanas. Ni Guatemala, ni El Salvador, ni Costa Rica— provincias desprendidas de una antigua unidad geopolítica —han producido esa confianzuda, igualitaria y “voceante” relación de clases y de personas, de economías y de sentimientos que ha dado a Nicaragua una historia peculiar —incluso en sus guerras, incluso en sus tiranías— y que ha hecho del nicaraguense un tipo que no guarda distancia.

Destruir esa cualidad igualitaria y fraterna creando un tipo de rico anti-paisano, anti-ambiental, no sólo es un pecado contra el espíritu cristiano y contra el tiempo que vivimos, sino un pecado contra-natura que la naturaleza nunca deja de cobrar.

Por eso escribo esta carta buscando ansiosamente el oído del rico, hasta ayer abierto y que hoy parece irse atrofiando de una peligrosa sordera que lo incomunica con su pueblo.

No te sientas seguro de la fuerza. No creas en la alianza del dinero y de la ametralladora, porque heredarás a tus hijos, no el dinero, sino la ametralladora. La única alianza que asegura tu obra es la alianza (difícil pero insustituible) del dinero y del amor. Recuerda la frase de Merton: “La felicidad que se busca sólo para uno mismo, no puede ser encontrada nunca: porque una felicidad que se amengua al ser compartida, no es suficientemente grande para hacer feliz”.

Dos son las conductas del hombre ante el “otro”. La del hombre “instintivo” que percibe la necesidad ajena como alteración del bienestar propio. Y la del hombre “espiritual” que supera esa actitud instintiva y de rechazo y reconoce una vinculación superior entre hombre y hombre, comprendiendo que hay una ley de solidaridad que le exige acudir en ayuda de la necesidad ajena como una compensación del bienestar propio.

La actitud del hombre “instintivo” ante alguien que necesita, la conoce toda persona, hasta la más generosa, si analiza sus sentimientos: es la de sentir una molestia íntima, una cólera animal ante el que pide, o ante el que revela por su situación que necesita nuestra asistencia, nuestra ayuda o nuestro desprendimiento de algo. El hombre “instintivo” siempre cree que el “otro” es culpable de su necesidad y que esa culpa ajena amenaza con penetrar en nuestro bolsillo requiriendo lo que creemos nuestro. Análoga actitud manifiesta ante el dolor o la enfermedad ajenas: ¡Alejarse! Porque el padecimiento del “otro” le quita, le arrebatata, su tranquilidad o su felicidad propias.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Pero esta instintiva conducta ante el "otro" es un movimiento de nuestra animalidad. No se distingue mayor cosa de la conducta de los animales que viven en comunidad: las hormigas que matan al miembro que se enferma, la manada que muerde al coyote enfermo hasta arrojarlo a la soledad, la colmena que liquida al inútil.

Es la misma conducta, trasladada a otras situaciones sociales, del Estado que elimina en hornos crematorios a quienes juzga inservibles para sus fines; del Partido que sólo ayuda al correligionario o que "paredonea" al que se opone a su ideología; del rico que explota; del usurero que extorsiona; del torturador que tortura; del terrorista que elimina por ideología...

Todo parte de esos instintos del animal gregario que en vez de controlar y sublimar, les damos función social e incluso los empacamos en cultura. La actitud despiadada del comunista fanático ante los "otros" hombres que su Partido castiga, paredonea o encierra en campos de concentración —mientras ese mismo comunista es piadoso y buen compañero con sus co-partidarios, es exactamente la misma actitud del rico para con los necesitados y los explotados— mientras ese mismo rico se llena de piedad si el que sufre es su hijo o un amigo o un familiar. La conducta de cerrazón con el "otro" es decir, con el prójimo, no supera, en todos esos casos, la esfera del instinto. El hombre permanece encerrado en el mundo de su animalidad. Somos capaces de amor —¿quién lo duda!— pero dentro de un círculo más o menos ancho según las circunstancias: para el romano, fuera del ciudadano romano el resto de los hombres eran enemigos y la ley de trato con el enemigo era la esclavitud. Hoy clamamos contra la esclavitud —que no considera al hombre persona sino cosa— y sin embargo sus esencias subsisten: fuera del círculo del partido el opositor es esclavo para los totalitarios. Fuera del círculo de la clase lo es para el marxista. Fuera del círculo de negocios y de familia ¿qué ley aplica el rico a sus semejantes?

Solamente Cristo abre ese círculo, mejor dicho, lo rompe, impidiendo que el amor se encueve en el círculo del instinto. El precepto de Cristo (único en la historia) es que te comportes con el "otro" como te comportarías con tu hijo y más aún: como te comportarías contigo mismo. Pero, además, nadie es lejano. Todo "otro" es próximo, o sea prójimo. Tu prójimo es todo aquel que necesita tu ayuda, sea quien sea.

EN RESUMEN: Desde el momento en que el rico anula la voz del hombre espiritual, desde el momento que cierra su círculo al mandato de amor de Cristo y sólo escucha la voz del "hombre instintivo": está construyendo el hormiguero que mañana le aplicará las mismas leyes que él le ha sembrado.

En cambio, si siembra el amor —y con amor, la justicia— estará construyendo un mundo humano y habitable: su mejor negocio.

PABLO ANTONIO CUADRA